

Ginzburg, Anderson y las anomalías

Ginzburg, Anderson, and the anomalies

Isela María Mo Amavet*

filoisela@gmail.com

Resumen

El presente estudio le propone al lector un recorrido -a modo de comentario bibliográfico- por uno de los últimos libros de Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas*; publicación que inspiró una aguda intervención por parte de Perry Anderson, un viejo polemista. Algunas de las discusiones importantes que se plantan en el artículo y el libro - y que pueden ser rastreadas en cartas y textos previos de ambos autores- recorren interrogantes fundantes de la disciplina histórica: desde la posibilidad de conocimiento histórico, la verdad, la prueba, la evidencia, el método microhistórico, los vínculos entre historia y literatura, hasta el rol del historiador.

Palabras clave: microhistoria, prueba, verdad, historia, literatura

Abstract

This essay offers the reader a journey – as a book review - to one of the latest books of Carlo Ginzburg, *Thread and traces*. This book inspired a sharp comment by Perry Anderson, an old polemicist. Some important discussions treated in the book and in the article, -that can also be tracked in previous letters and essays from both authors- discuss fundamental matters of historical discipline, from the possibility of historical knowledge, the

* Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Maestranda en Historia en el IDAES-UNSAM. Docente de enseñanza media y superior en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini (UBA) y en la Universidad Nacional de Avellaneda.

Isela María Mo Amavet

truth, the relation between proof and evidence, the microhistorical method, the links between history and literature, to the role of the historian.

Keywords: microhistory, proof, truth, history, literatura

Introducción

Este breve ensayo se propone abordar el último libro publicado por Carlo Ginzburg con el motivo de ahondar en su concepción de la microhistoria y tratar una de las últimas polémicas surgidas en el ámbito intelectual a propósito de su publicación. Perry Anderson, un viejo conocido, protagonista de intensos debates en el ámbito del marxismo y la historiografía escribió hacia fines de 2012 “The Force of The Anomaly”.¹ La lectura del *Hilo y las Huellas*² suscitó una reflexión crítica importante no sólo sobre esta publicación sino, quizás, sobre todo el proyecto histórico que encara el autor italiano. A su vez, la riqueza de ambas intervenciones radica en que nos permiten actualizar debates de larga data y problemas centrales dentro de la disciplina que, evidentemente, no están cerrados.

Ni Anderson ni Ginzburg requieren mucha presentación. Ambos son celebridades del mundo historiográfico y provienen de lugares bien diferentes. A modo de fugaz reseña podemos decir que Anderson es como el último de los mohicanos: luego del fallecimiento de Hobsbawm se ha convertido quizás en uno de los mayores emblemas de lo que se conoce desde fines de los 50' como el “marxismo británico”. Actual redactor y colaborador de la *New Left Review*, su figura es como la de un “guardián del método”. Conserva esa suerte de prestigio y un estilo que marcaron sus intervenciones y que le permitieron poder señalar, catalogar y clasificar a diversos autores en *Tras las huellas del materialismo histórico*.³ Ese mismo reconocimiento y estilo es el que hoy lo avalan para hacer un intento semejante con el trabajo de Ginzburg. Pasan los años, pero hoy encontramos en él el mismo tipo de escritura que hace veintiocho años Peter Linebough, desde un avión que sobrevolaba Atlanta, describía como “segura de sí misma” y “autoritaria” y que lo retrataba como “censor metafísico” del materialismo histórico.⁴

Carlo Ginzburg es, ante todo, un innovador. Nacido en Turín en 1939 en el seno de una familia de intelectuales judíos, es una de las figuras más relevantes de la historiografía italiana. Su entorno familiar fue el primer círculo de influencia del autor: Ginzburg creció en un ámbito politizado, bajo el asedio nazi, ambos padres comprometidos con la

¹Anderson, P., “The Force of the Anomaly. Reseña de *Threads and Traces: True False Fictive* by Ginzburg, C”, translated by Tedeschi, A. & Tedeschi, J. *London Review of Books* [Online] vol. 34 no. 8 pp. 3-13. Disponible en <http://www.lrb.co.uk/v34/n08/perry-anderson/the-force-of-the-anomaly> [Fecha de consulta 17 de Agosto 2015]. La traducción utilizada en el artículo es propia en todos los casos.

² Ginzburg, C. *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, FCE, 2010

³ Anderson, P. *Tras las huellas del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1986.

⁴ Linebough, P., “Tras la estela de Perry Anderson (1985)”, *El Rey Desnudo*, Año II N° 3, 201, p.211-218 <http://reydesnudo.com.ar/rey-desnudo/article/view/109/107> [Fecha de consulta: 17 de Agosto 2015].

Isela María Mo Amavet

lucha antifascista. Su padre -Leone Ginzburg- profesor de literatura rusa y su madre, Natalia Levi, considerada una de las escritoras más relevantes del siglo XX, fueron quienes promovieron una de las grandes pasiones de nuestro autor. Su paso por Londres – especialmente por el Instituto Warburg- fue crucial, y marcó en muchos sentidos - temáticos, metodológicos- su futuro como historiador. Se lo considera actualmente como uno de los padres de la microhistoria y el ensayo que analizaremos a continuación es, probablemente, la obra más cabal y sistemática de este proyecto.

El hilo y las huellas reúne ensayos escritos entre 1984 y 2003 sobre tópicos aparentemente muy disímiles entre sí. La compilación propuesta por el historiador recorre temas como la historiografía entorno a los judíos de Menorca, el estudio sobre las *Cartas Filosóficas* de Voltaire propuesto por Auerbach, pasando por un estudio sobre la novela moderna de Stendhal y un ensayo sobre los caníbales brasileños de Montaigne.

La lectura que propone el autor no es un recorrido simple sino que requiere por parte del lector una actitud ‘detectivesca’ a fin de comprender el sentido de cada ensayo en esta compilación. Sus escritos están armados- en la mayoría de sus casos- a partir de hipótesis, contraposición de documentos, refutaciones y una innumerable cantidad de referencias que abruma a cualquier lector. Efectivamente, la de Ginzburg es una suerte de pesquisa que demuestra una erudición notable, donde intencionalmente el autor evita finalizar sus escritos de modo concluyente para que el lector se lleve a cabo nuevos interrogantes.

Pero, ¿Qué une en un mismo libro a los judíos de Menorca con *Guerra y Paz* de Tolstoi? Desentrañar esta cuestión es el objetivo del presente ensayo.

Tras largos años de dedicarse a la historia moderna, esta compilación reúne varios de los estudios que marcaron su último giro hacia la historia intelectual. Cada ensayo trabaja en profundidad temas aparentemente disímiles entre sí, pero, como señala Anderson, la unidad de la obra de Ginzburg descansa en un nivel más reflexivo. En este sentido, a pesar de que cada ensayo en sí mismo sea interesante, es necesario abordarlos en su conjunto para comprender esa unidad.

La apuesta que realiza nuestro historiador, como el subtítulo sugiere, está ligada a la batalla más importante que han tenido que dar los historiadores en defensa de su propia disciplina. Es Marc Bloch- una de las figuras de mayor influencia en Ginzburg- quien en *Introducción a la Historia*, invita a todos los historiadores a reflexionar sobre la

Ginzburg, Anderson y las anomalías

propia práctica, a explicitar nuestros supuestos, aunque esto solo sirva para hacer la lectura más interesante. Ginzburg se hace eco de este llamado que, no sólo hace interesante sus trabajos, sino que es el eje de la discusión en su libro.

Para el italiano la *Verdad* se escribe sin comillas. Su gran batalla es contra el relativismo, el posmodernismo y el escepticismo. Contra aquellas posturas que creen a la historia incapaz de acercarnos una verdad diferente a la que nos puede acercar la literatura. Dentro de estas posturas que hacen hincapié en el carácter narrativo de la historia, los hechos no tienen existencia más allá del discurso y la distinción entre lo verdadero y lo ficticio se borra.

Esta disputa de Ginzburg es antigua y se remonta a sus primeros textos. Ya desde el prólogo del *Queso y los gusanos* el autor plantea las diferencias que tiene con sus interlocutores franceses (Foucault y Derrida) y el impacto a largo plazo de la tradición del 68.⁵ En *El hilo y las huellas* esta discusión cruza el atlántico, donde la pregunta sobre la diferencia entre la historia y la novela se hace eco a partir del trabajo de Hyden White y Michel de Certeau. Además de desentrañar el trabajo de White, desarrolla las implicancias cognoscitivas y políticas de posturas que niegan los hechos por fuera de su existencia lingüística. La insistencia en cuestiones epistemológicas parece encontrar el móvil en los riegos implícitos de estas posturas que se revelan —en su máxima expresión— en torno al debate sobre el negacionismo alemán.

Es interesante destacar que esta defensa férrea de la disciplina proviene precisamente de alguien que fue señalado como uno de los culpables de la debacle. Estos ensayos constituyen entonces no solo una defensa a la disciplina como tal sino que también podemos leerlos como una defensa a su labor particular. Tal es así que en uno de los capítulos del *Hilo y las Huellas*. Ginzburg hace referencia al ya fallecido Eric Hobsbawm, autor que dedicó sus últimos trabajos años de su vida a discutir contra el relativismo en defensa de la razón y de la verdad histórica. Hobsbawm —si bien ve en Ginzburg a un gran historiador— lo encuentra también responsable de la crisis de los grandes relatos y el rumbo tomado por la historiografía tras la crisis de la historia social. Ginzburg no encuentra que el vuelco a la microhistoria implique necesariamente ser catalogado como responsable de ciertas derivas historiográficas y, de alguna manera, este trabajo lo demuestra.

⁵ Ginzburg, C. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península. p. 16-20

Isela María Mo Amavet

En honor a la verdad, y en honor a Hobsbawm, nos es imposible no hacer alusión a uno de los trabajos más conocidos del autor: “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias iniciales”.⁶ Aquí Ginzburg plantea lo que él denomina “paradigma indiciario”. Este paradigma se vincula a épocas remotas con un tipo de conocimiento de la realidad empleado por los cazadores primitivos, difundido en el siglo XIX a través de Sigmund Freud, Sir Arthur Conan Doyle y Giovanni Morelli. Supone un conocimiento basado en la recopilación de huellas, rastros, síntomas en lo individual y, por supuesto, implica que el conocimiento de la realidad es indirecto, mediado y fragmentario. Este paradigma habría perdido la batalla frente al paradigma científico de raíz galileana que implica un conocimiento sistemático, cuantitativo, basado en la abstracción, la generalización y la definición de leyes. Hacia el final de su ensayo Ginzburg postula:

Ahora bien ¿puede ser riguroso el paradigma indicial? La orientación cuantitativa y antropocéntrica de las ciencias naturales, desde Galileo en adelante, ha llevado a las ciencias sociales ante un desagradable dilema: o asumen un estatus científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un estatus científico fuerte para llegar a resultados de escasa relevancia.⁷

Ante este dilema, Ginzburg sostiene que es preferible perder científicidad en pos de resultados más “interesantes”. Ciertamente, dicha aseveración -a pesar de no negar la existencia de la verdad- pone a la Historia en un estado de mayor debilidad cuando los mismos cimientos de nuestra disciplina son puestos en cuestión. Recuérdese que dicho ensayo fue escrito hacia 1979 y vuelto a publicar en 1986. No resulta insólito entonces que Hobsbawm encontrara a nuestro autor, de alguna manera, “responsable” del giro que tuvo la historiografía en las últimas décadas.

Sea como fuere, Ginzburg se siente verdaderamente incómodo al ser clasificado junto a sus enemigos y es por eso que dedica muchísimo esfuerzo -y este libro lo demuestra- a combatir la idea de que la historia por ser una narración es igualmente ficticia que cualquier otro escrito literario. Idea que, efectivamente, jamás abrazó.

⁶ Ginzburg, C, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias iniciales”, en *Mitos, emblemas, indicios*. Gedisa, 1986

⁷ *Ibid*, p. 163.

Ginzburg, Anderson y las anomalías

Perry Anderson, quien tampoco oculta cierta admiración por Ginzburg, valora esta defensa pero la encuentra poco sólida. ¿Por qué? Veamos: algo notable en las argumentaciones del italiano- y que lo destaca entre otros historiadores- es que libra sus batallas en campo enemigo. Una cantidad inagotable de referencias provienen de fuera del ámbito de la historia. Ginzburg no le teme a la literatura, lo apasiona y la hace dialogar con la historia. El autor postula como errada y ahistórica la posición que implica una disociación total entre literatura e historia y, por el contrario, parte de considerar este vínculo como una disputa por la representación de la realidad.

Ginzburg no niega las semejanzas entre el relato histórico y el relato ficcional, proponiéndose, en cambio, un trabajo más fructífero a su entender: indagar las convenciones literarias con las que historiadores antiguos y modernos intentaron comunicar ese ‘efecto de verdad’ considerado esencial en su labor. El tránsito hacia la historiografía moderna (que supuso el aporte de los anticuarios) implicó la toma de conciencia de que el conocimiento del pasado es inevitablemente incierto, discontinuo, lagunoso.⁸ En este sentido el vínculo entre ambas disciplinas- siguiendo la hipótesis del autor- sería un “conflicto hecho de desafíos, préstamos recíprocos e hibridaciones”.⁹ Esta postura es en sí misma innovadora. Ginzburg no se vale- como otros colegas- de la repetición de viejas certezas (aunque no por viejas menos ciertas como podemos leer en Hobsbawm), sino que aborda los problemas de una manera audaz. Sin embargo, esto no termina de convencer a nuestro par británico.

Anderson comprende que la literatura puede ser tomada como una herramienta de conocimiento y que los novelistas y poetas pueden aportar –como dice Ginzburg- instrumentos cognoscitivos. No obstante, no puede dejar de notar que esta postura, aunque de manera involuntaria, debilita la noción de verdad.

Ginzburg, consciente de los riesgos -o las críticas que puede recibir de sus colegas de basar la defensa de la disciplina sobre el reconocimiento de los puntos de contacto con la literatura- establece la idea de “prueba” como distinción fundamental: si partimos de que sólo podemos abordar el pasado de manera fragmentaria, son las *pruebas* y las

⁸Ginzburg, C. *El hilo y las...* op. cit p.54. A propósito del mismo problema, en el capítulo V, “Los europeos descubre (o redescubren) a los chamanes”, Ginzburg sentencia: “Creo que la acumulación de conocimientos siempre se reproduce de este modo: por líneas fracturadas más que continuas; mediante indicios fallidos, correcciones, olvidos, redescubrimientos; gracias a filtros y esquemas que simultáneamente ennegrecen y hacen ver. En este sentido, la secuencia interpretativa que reconstruí con minucia acaso excesiva puede ser tenida por casi banal: no la excepción, sino la regla.” p.158.

⁹Ibid. p.12

Isela María Mo Amavet

huellas (posibilidades) nuestro punto de partida. Este es el punto esencial de la discusión pues implica afirmar que la historia no es sólo un relato -y por ende una construcción- sino fundamentalmente una *reconstrucción*.¹⁰

La clara distinción que realizaba Marc Bloch entre juez e historiador (entre juzgar y comprender) hoy en día es más compleja y - a pesar de que a muchos historiadores les haga ruido esta analogía, como comenta Ginzburg, está “fuera de moda”- en la insistencia de la prueba encontramos un punto de contacto entre la obra de Eric Hobsbawm y el historiador italiano.¹¹ No obstante, aquí también Anderson señalará algunas inconsistencias: “en los lenguajes latinos una sola palabra -prova, preuve, prueba- cubre lo que en inglés se distingue como ‘proof’ y ‘evidence’”.¹²

La “proof” es concluyente mientras que la ‘evidence’ puede ser parcial, débil, solida, fuerte, etc. Para demostrar la importancia de esta diferencia Anderson ensaya cómo operaría esta distinción en el emblemático juicio a Adriano Sofri, abordado en el libro de Ginzburg *El juez y el Historiador*. Anderson sentencia con crudeza que la evidencia llena de inconsistencias que Ginzburg demuestra insuficiente para condenar a su amigo, bastó al juez para sentenciar a Sofri a 20 años de prisión: “...la diferencia entre un veredicto judicial y una investigación histórica no es solo la cuestión del objeto necesariamente individual y el carácter penal de la primera y su ausencia en la segunda: es qué hacer con el estatus de la evidencia misma”.¹³

El historiador británico encuentra tan peligrosa la conjugación entre historia y la literatura -al sugerir la cercanía con la ficción- como entre historia y derecho: “la insistencia en la noción de prueba (...) debilita el sentido de las complejidades de

¹⁰ Vale aclarar que la noción de prueba histórica en sentido positivo está superada. Intelectuales posmodernos podrán insistir en partir de la inexistencia de una fuente histórica objetiva para demostrar la imposibilidad del conocimiento histórico pero esta noción de prueba es caduca en el ambiente historiográfico. Toda prueba requiere un debido tratamiento y autenticación dependiendo del tipo de fuente que se trate. El problema de la prueba y la tarea de reconstrucción (que se complementa perfectamente con el paradigma indiciario propuesto por el autor) son desarrollados hacia el final del trabajo en el Posfacio al trabajo sobre Natalie Zemon Davis sobre *El regreso de Martin Guerre*.

¹¹ Hobsbawm, E. *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica. Grijalbo Mondadori, 1998: p. 266-276. “Sin entrar en el debate teórico en torno a estas cuestiones, es esencial que los historiadores defiendan el fundamento de su disciplina: la supremacía de los datos. Si sus textos son ficticios, y lo son en cierto sentido, pues son composiciones literarias, la materia prima de estas ficciones son hechos verificables...**los procedimientos del tribunal de justicia, que insisten en la supremacía de las pruebas tanto como los investigadores históricos, y a menudo de forma muy parecida, demuestran que la diferencia entre la realidad y la falsedad históricas no es ideológica.**” (El subrayado es mío)

¹² Anderson, P., “The Force...op cit., p. 3-13

¹³ Ibid p. 3-13

Ginzburg, Anderson y las anomalías

evidencia histórica, que tan rara vez se prestan a los simples veredictos de un SÍ o un NO del tribunal de justicia”.¹⁴

Hecha esta observación, vale aclarar que Anderson señala que son más bien móviles éticos los que lo motivan a realizar tal reivindicación de la prueba, pero que en la práctica concreta no genera efectos perniciosos. Por el contrario, la crítica más dura que recibirá el proyecto de Ginzburg vendrá de la mano del método: “la microhistoria a la Ginzburg”.

Señalamos al inicio del trabajo que *El hilo y las huellas* será el trabajo en el que con mayor sistematicidad se despliega el proyecto historiográfico del autor. ¿Cómo lo hace? A través de la forma de la compilación de diferentes ensayos -“cascadas” para Anderson- atiborrados de referencias, autores, pasajes que se interconectan sin una aparente vinculación, con finales elusivos que invitan al lector a optar por dos maneras de abordar su trabajo: de manera individual o como una unidad. Se estudian “casos” que lo que tienen en común es su rareza y excentricidad y que llevan a hallazgos indudables. Anderson arroja su piedra más certera: ¿Qué es lo que conecta a las cascadas con las extensas aguas de la historia intelectual?¹⁵

Hace aproximadamente veinte años, entre noviembre de 1990 y febrero de 1991, Anderson reseñó *Historia Nocturna* y tuvo un intercambio epistolar con su autor donde una de las cuestiones tratadas fue la autoridad y utilidad de Wittgenstein y la potencialidad de la “clasificación politética” para el análisis de las formas sociales o culturales. En *El Hilo y las huellas* la polémica continúa. Para darnos una rápida idea de qué implica la clasificación politética tomemos esta imagen del propio Wittgenstein: múltiples hilos superpuestos, donde no todos se conectan de punta a punta, pueden formar una cuerda. Anderson vuelve a advertir la fragilidad de este método para el análisis de las formas sociales, pues “las relaciones que se establecen son esencialmente incontrolables: en el límite, cualquier cosa puede conectarse con cualquier cosa”.¹⁶

Entonces, si repetimos la pregunta acerca de qué guía este ensayo (qué une en mismo libro a los judíos de Menorca con *Guerra y Paz* de Tolstoi) observamos que Ginzburg logra una unidad: intuimos que cada relato -a pesar de tratar temas diversos, que cruzan autores, siglos, océanos- tiene una razón de ser en la compilación, más allá de ser realmente un deleite para el lector. El problema- y aquí compartimos las observaciones

¹⁴ Ibid p. 3-13

¹⁵ Ibid p. 3-13

¹⁶ Ibid p. 3-13

Isela María Mo Amavet

de Anderson- radica en que difícilmente se pueda justificar de manera objetiva por qué son trabajados estos autores y no otros; por qué Montaigne y no Rousseau, por qué Flaubert y no Montesquieu.

Efectivamente hay una cuota de arbitrariedad. Anderson lo plantea en términos de objetividad y subjetividad. A nuestro entender son categorías que a veces retrasan las discusiones más que lo que las profundizan, sin embargo, aquí da en la tecla.

Anderson no se detiene: si hay algo que caracteriza la microhistoria como la entiende Ginzburg - y observamos en toda la obra- es la pasión por la “anomalía”. El gusto por la anomalía tiene su origen en sus intercambios con el Warburg Institute como él mismo cuenta en el prefacio de *Mitos, Emblemas e Inidicios* que inspiró el célebre ensayo “Spies” que mencionamos con anterioridad y “De Warburg a Gombrich” que se encuentra en la misma compilación.

Como veremos a continuación la crítica del británico no rechaza los productivos aportes de Ginzburg en esta materia. Sería tonto no valorar el aporte que estudios como *El Queso y los gusanos* brindan a la comprensión más cabal de la historia moderna. Pero este punto actualiza las tensiones entre la micro y la macrohistoria y, de alguna manera, sobre las posibilidades del conocimiento.

La propuesta del italiano es defendida en un capítulo cuyo título hace alusión a una película de Godard: “Microhistoria: Dos o tres cosas que yo sé de ella”. Aquí sentencia:

Los frescos historiográficos que intentan comunicar al lector, con expedientes a menudo mediocres, la ilusión de una realidad caduca, ocultan de forma tácita ese límite constituido del oficio del historiador. La microhistoria opta por la vía opuesta: acepta el límite explorando sus implicaciones gnoseológicas y transformándolas en un elemento narrativo.¹⁷

La “ilusión” es la posibilidad de dar cuenta de una realidad total que no implique hiatos en el conocimiento. Ginzburg no excluye el diálogo entre el análisis micro y macro social, si bien previene tener en cuenta sobre el carácter lagunar del conocimiento.

Está claro que Anderson privilegia “los frescos historiográficos”, análisis que puedan dar cuenta de las grandes transformaciones que experimenta la sociedad. De todos

¹⁷Ginzburg, C. *El hilo y las huellas...* op. cit., p.382

Ginzburg, Anderson y las anomalías

modos esto no supone una disociación entre las ambiciones de la micro y la macro historia, sino que sería una cuestión de método.

Ginzburg trabaja con “casos” generalmente anómalos pues cree que son estos los que a su parecer pueden ofrecer nuevas generalizaciones y ponen en entredicho todos los conocimientos establecidos que tenemos sobre un momento del pasado. Pero entonces, ¿la anomalía altera la regla?

Anderson no vacila: la regla es ontológicamente más potente que la anomalía. Si no hay regla, no hay excepción. Según este autor, para que los descubrimientos de la microhistoria y del caso anómalo subviertan los cánones del conocimiento establecido, “el objeto de su estudio tendrá que ser, real o potencialmente, un microcosmos de un mundo nuevo por venir”¹⁸; preocupación que, observa, no siempre está detrás este tipo de investigaciones.

Fiel a su formación, el británico es un aficionado de las leyes históricas. Con sarcasmo, sentencia: “No podemos ver el cielo a través del microscopio”.¹⁹ Anderson sigue bregando por las explicaciones más abarcadoras, de largo plazo y, por esta razón, la apuesta epistemológica le parece insatisfactoria.

Esta dupla lleva más veinte años ladrándose y admirándose. La audacia y originalidad de Ginzburg no tiene par. La coherencia de Anderson tampoco. Muchas de las observaciones que Anderson vertió en “The Force of the Anomaly”, fueron anticipadas en su anterior “Witchcraft”.²⁰ ¿Es acaso un diálogo de sordos?

Anderson sugiere que para lograr efectos narrativos se paga un alto precio a nivel epistemológico. ¿Por qué? Porque las narraciones discontinuas o los problemas que se abordan tangencialmente pueden alumbrar cuestiones del pasado pero, al igual que otros tipos de historia, debe responder a los mismos controles de la lógica y la evidencia. Es en este punto que la “clasificación politética” no es satisfactoria.

Ginzburg -como lo sugirió en alguna de sus cartas- está listo para admitir su fascinación por las narrativas discontinuas pero sin relegar cuestiones cognitivas. Consecuente con su mirada de la historia los estudios que lleva adelante incluyen “prestamos e hibridaciones”. Pero vale aclarar que los préstamos de Wittgenstein y su clasificación politética no son tomados acriticamente. En el prefacio de *Mitos, emblemas e Indicios*

¹⁸ Anderson, P., “The Force... op. cit., p. 3-13

¹⁹ Ibid. p. 3-13

²⁰ Anderson, P. *Witchcraft, Reseña de Storia Notturna: Una Decifrazione del Sabba*, de Carlo Ginzburg. London Review of Books 12.21, 1990, p 6-11. Disponible en <http://www.lrb.co.uk/v12/n21/perry-anderson/witchcraft> [Fecha de acceso: 17 Agosto de 2015].

Isela María Mo Amavet

expone largamente acerca de la influencia positiva de diferentes personalidades de otras disciplinas que lo motivaron a incursionar y trasladar metodologías al terreno de la historia. Aquí mismo plantea que no acuerda en la importancia de la morfología por sobre la historia, pero sí encuentra interesante trasladar y experimentar este tipo de enfoques²¹. Anderson no parece prestarle atención: si bien valora los hallazgos del italiano, se niega a dar crédito a sus fuentes de inspiración. ¿Qué es lo que lleva a Anderson a tener una actitud cerrada y conservadora? Seguramente diferentes causas, pero podemos arriesgar que su formación marxista ortodoxa le permite tener más confianza en lo que podemos esperar de la historia como ciencia que la que tiene Ginzburg.

Los años no aquietaron el espíritu provocador de Anderson. Buena parte de “The Force of the Anomaly”, se la dedica a una de las tareas que más fastidiaría a su colega mucho más que criticarlo por su método inconsistente o achacarle su falta de rigurosidad, objetividad, científicidad. Todas estas cosas realmente no harían mella en Ginzburg. En cambio, intentar “etiquetar” sí. Esta no es una tarea fácil y Anderson lo sabe, pero ocupa su último esfuerzo en indagar el lugar de la política en la obra del italiano y en sus intervenciones públicas para tratar de “definirlo políticamente”. Mostrando que los temas en los que interviene en la escena pública son cuestiones que refieren a la paz, el medio ambiente, la aniquilación nuclear, los vejámenes de la libertad y, que a la vez, su “gusto por lo popular” está presente en toda su obra, sumado a que encontraría una supuesta reticencia a considerar autores más jacobinos en su ensayos; Anderson delinea lo que sería el perfil de un “liberal conservador” y arriesga: si una categoría podría caerle bien- justamente por las ambigüedades que alberga- sería la de *populista*.

¿Qué nos dice esto? Probablemente esta descripción hable más de Anderson que del propio Ginzburg. Como señalaba Lineboug, no podemos esperar otra cosa de Anderson; no puede salir del esquematismo, de la altanería, del pedestal desde el que señala y ubica a los demás, no podemos esperar de una gallina un huevo de pato.²²

²¹ Ginzburg, C *Indicios. Raíces...* op. cit., p.15 .En palabras del propio Ginzburg: “Pero a diferencia de Wittgenstein, Propp consideraba el análisis morfológico como un instrumento también útil en la investigación histórica”.

²² Lineboug, P., *Tras la estela...* op. cit. p. 218. En esta reseña el autor finaliza el ensayo recordando unas palabras de Malcom X -a propósito del capitalismo y la revolución- que le ayudan a entender a Anderson: “Es imposible que una gallina produzca un huevo de pato, aunque ambos pertenezcan a la misma familia de aves. Una gallina sencillamente no tiene un sistema con la capacidad de producir un huevo de pato. No lo puede hacer. Solamente puede producir de acuerdo con lo que ese sistema específico fue construido para producir”

Ginzburg, Anderson y las anomalías

Si podemos rescatar la coherencia y solidez de la obra de Anderson, creemos, por otro lado, que uno de los gestos más importantes que nos deja la obra de Ginzburg es la innovación. Una de sus confesiones más emotivas, al contestar las críticas de Anderson hacia *Historia Nocturna* fue que él trataba de seguir un viejo lema que Brecht le había comentado a Benjamin: “No debemos empezar por las buenas viejas cosas, debemos comenzar de las nuevas malas”.²³

Evidentemente, esta es la empresa que sigue guiando la obra del italiano: la búsqueda continua, la permanente exploración, la experimentación. ¿Esto nos puede llevar a lugares peligrosos? Probablemente, pero vale la pena intentarlo.

²³ Intercambio de cartas a propósito del comentario *Witchcraft*. La traducción es propia. Disponible en: <http://www.lrb.co.uk/v12/n21/perry-anderson/witchcraft> [Fecha de consulta: 17 de agosto de 2015]